

PIERRE BOURDIEU: *La dominación masculina*, Anagrama (Colección Argumentos), Barcelona, 2000. 159 páginas.

Tomando a la sociedad cabileña como referente para subrayar el inconsciente histórico de la visión androcéntrica del mundo, el autor parte del siguiente axioma: la *paradoja de la doxa*, es decir, «el hecho de que [en el] mundo ... no existan más transgresiones o subversiones, delitos y «locuras» ... o, más sorprendente todavía, que el orden establecido ... se perpetúe ... con tanta facilidad ... y las condiciones de existencia más intolerables puedan aparecer tan a menudo como aceptables por no decir naturales» (p. 11); tal es el caso de la dominación masculina construida bajo la égida de la violencia simbólica, lo que la hace insensible, invisible y perpetuadora en el tiempo y en el espacio social.

El objetivo es vislumbrar los «procesos» a través de los cuales la historia y la arbitrariedad cultural se tornan naturales, es decir, cómo el ser humano acepta como innata la *construcción de la sociedad naturalizada*.

Bourdieu habla del *principio de visión social*, el cual se refiere a la diferencia anatómica entre hombres y mujeres. Este principio se transforma en legitimador de las «diferencias» al materializarse tanto objetivamente —la evidencia de lo visual— como subjetivamente. Consecuentemente, el modo de naturalizar la dominación social es mediante la utilización de esquemas de percepción universalmente compartidos. Esto significa que el hombre organiza sus esquemas cognitivos a partir de una «matriz» universal y objetiva, lo que conlleva que los dominados apliquen a su visión de análisis de la vida aquellas clasificaciones —alto/bajo, masculino/femenino, etc.— que les vienen dadas al no disponer de elementos que les permitan ver la relación desde otro imaginario. La sociología marxista diría que no tienen conocimiento —o mejor dicho conciencia—, por lo que sus accio-

nes se reducen al reconocimiento —aunque el mero hecho de reconocer también implica un acto de conocimiento— de la voluntad del dominante<sup>1</sup>.

Antes de distinguir qué mecanismos se activan para la transformación y reproducción de la dominación masculina es necesario, si queremos dar respuesta a la cuestión planteada, especificar los «efectos duraderos» que el orden social ejerce sobre mujeres y hombres, y definir cómo se construye el mismo. Según Bourdieu, las inclinaciones del hombre instituyen un orden social que, a su vez, originan nuevas tendencias percibidas como adopciones espontáneas al orden que ellas mismas generan. Por consiguiente, el orden social no surge espontáneamente, sino que deriva de la racionalidad del hombre, de sus orientaciones.

Estas orientaciones se reproducen sistemáticamente a través de la impronta simbólica, sin necesidad de hacer uso de la violencia física. Es el proceso de socialización el que garantiza una transformación duradera de los efectos de la dominación: desde las emociones corporales (vergüenza, humillación, timidez) hasta las pasiones, pasando por los sentimientos (amor, admiración, respeto).

La definición de lo masculino y lo femenino gira en torno a dos conceptos: «expectativas colectivas» y «ser percibido», respectivamente. Ambos convergen, bajo relaciones de oposición, en la manera de su construcción.

<sup>1</sup> Dado que la construcción de las relaciones sociales son naturales y objetivas, si aplicamos el mismo principio de visión social a la afirmación de la superioridad femenina —«todo tu armamento cuelga, mientras que yo soy una piedra soldada»— en detrimento del sexo masculino —lo que cuelga, blando, etc.— la relación se invierte, lo que abre un espacio para la lucha cognitiva.

La idea de «expectativas colectivas» resulta de las diferencias entre el universo público —plaza pública, lo masculino— y el universo privado —casa, lo femenino—, aunque su manifestación alcanza tres dimensiones: la división del trabajo, las diferencias estéticas y los comportamientos cotidianos<sup>2</sup>. Sin embargo, es la primera —la división del trabajo— «lo que se constituye siempre como diferente según lo realicen hombres o mujeres». La atribución de roles, entonces, se realiza de una forma «predeterminada» con el objetivo de instaurar relaciones armoniosas donde el margen de actuación para la lucha cognitiva quede reducido a su máxima expresión.

En cambio, la mujer es sólo un «ser percibido» y, como tal, se valora en función de su cuerpo, no de su capacidad. Ello se logra mediante una asociación directa de concepciones psicológicas y/o morales —se espera que sean femeninas, simpáticas, que gusten, etc.— con el cuerpo físico. La aceptabilidad o rechazo, a su vez, se ve reforzada por los esquemas de percepción, que actúan como filtros de nuestra evaluación individual. Por lo tanto, la construcción de su ser necesita de la mirada de los demás, y esto es lo que las coloca en situaciones permanentes de dependencia simbólica<sup>3</sup>.

<sup>2</sup> Nancy Henley etiqueta a esta dimensión con el nombre de la «política del tacto», es decir, acariciar la mejilla, coger por los hombros o por la cintura a la mujer, etc.

<sup>3</sup> Bourdieu no niega que el «complejo moda-belleza» (*fashion beauty complex*) sea un factor de preocupación, e incluso, de ansiedad en la mujer, pero éste sólo es el efec-

A pesar de dotar a la mujer de «perversos» bienes simbólicos, una serie de *invariantes transhistóricas*, tales como la Escuela, el Estado, la Familia y la Iglesia —sin menospreciar la responsabilidad del propio hombre y de la mujer—, coadyuvan a predeterminar un destino: el de la dominación. Esto sugiere nuevas funciones para la Historia: no sólo describir sino explicar *quiénes* participaban (y participan) y *qué* medios utilizaban (y utilizan) para el mantenimiento y reproducción de la dominación masculina mediante un proceso de «deshistoricización».

Este trabajo es brillante no sólo por su calidad conceptual y su capacidad analítica en relación a los elementos que vertebran su discurso, sino porque da cuenta de la necesidad de *no* obviar lo social, como algo dado y estructurado. Además, enfatiza el papel de las instituciones como instrumentos al servicio del hombre, principal agente, en último caso, de la ruptura del círculo vicioso dominante-dominado. Por otro lado, su sistematización facilita el conocimiento de los factores que relegan a la mujer a una posición de subordinación respecto al hombre, así como las bases de nuevas investigaciones que profundicen en el estudio de las variables por separado.

LEOPOLDO DÍAZ MOURE

to de algo más trascendente: *el ser femenino como ser percibido*. En consecuencia, aquél es un instrumento más que puede ser utilizado para asegurar el rasgo constituido —que no constituyente— del ser femenino.